

Neale Donald Walsch

El camino esencial

*Tomando la audaz decisión
para ser quien realmente eres*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Espiritualidad

EL CAMINO ESENCIAL

Neale Donald Walsch

1.ª edición: febrero de 2021

Título original: *The Essential Path*

Traducción: *Juan Carlos Ruíz*

Maquetación: *Isabel Also*

Corrección: *M.ª Jesús Rodríguez*

Diseño de cubierta: *JajajaStudio, S. L.*

© 2019, Neale Donald Walsch.

Derechos cedidos por Water-Side Productions, Inc., USA,

a través de Julio F-Yáñez Ag. Lit., España

(Reservados todos los derechos)

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-653-0

Depósito Legal: B-14.812-2020

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

1. La Proposición	7
2. Las Preguntas	9
3. El Efecto	11
4. La Situación	15
5. La Razón	19
6. Los Intentos	23
7. Las Creencias	29
8. La Negativa	33
9. La Suposición	37
10. La Historia	41
11. La Tradición	47
12. El Malentendido	51
13. El Instinto	55
14. El Reto	59
15. La Elección	65
16. La Decisión	69
17. La Mayoría	73
18. La Combinación	77
19. Las Curiosidades	81

20. El Reto	85
21. La Guía	91
22. Las Ideas	95
23. Los Cambios	101
24. La Clave	105
25. El Escalón	111
26. La Forma Diferente	115
27. La Experiencia	119
28. El Final	129
Epílogo	137

LA PROPOSICIÓN

Nos encontramos a la distancia de una decisión para solucionar el mayor problema de la humanidad.

Ésta es una decisión tan poderosa por sus consecuencias que solucionaría no sólo el mayor problema *colectivo* de nuestra especie, sino también el problema más importante al que se enfrentan todos los individuos que ahora están leyendo esto.

Pero debemos tener cuidado. Esta decisión puede no ser lo que parece; y *sin duda* no sigue las reglas de lo que se espera en su mayor parte o de lo que se acepta normalmente.

Eso la convierte en una decisión audaz. Tal vez la decisión más importante de tu vida. Y no creas que no lo sabías cuando empezaste a leer esto. Tú sabías exactamente lo que estabas haciendo.

Y por qué.

Nadie tiene que decirnos que la vida en nuestro planeta no es lo que habíamos esperado que fuera. Todo lo que tenemos que hacer es echar un vistazo a lo que ocurre todos los días en el mundo; y, en algunos casos, en nuestras propias vidas.

Entre nosotros hay pocos que no nos hayamos encontrado agitando nuestras cabezas con gran consternación por el último tuit, el boletín de noticias de Internet o los titulares del periódico. Y a veces –quizás demasiadas– por los retos que afrontamos en nuestro hogar.

Esto nos lleva a una pregunta apremiante: ¿es posible –sólo *posible*– que haya algo que no entendamos totalmente sobre nosotros mismos, sobre la vida y sobre Dios, y cuyo conocimiento cambiaría todo?

Para mí la respuesta es evidente. ¿Lo es para ti?

Si tu respuesta es sí, estás invitado a emprender ahora una explicación de todo muy rápida, pero profundamente reveladora: por qué las cosas son como son actualmente en la Tierra, cuándo surgió nuestro mayor problema, qué nos ha apartado de la solución evidente y cómo podemos librarnos del problema prácticamente de la noche a la mañana.

Comenzamos con varias preguntas apremiantes adicionales.

LAS PREGUNTAS

¿Qué ocurriría si las ideas más maravillosas que has llegado a tener sobre la vida fueran ciertas?

¿Qué ocurriría si las ideas más maravillosas que has llegado a tener sobre ti mismo fueran ciertas?

¿Qué ocurriría si las ideas más maravillosas que has llegado a tener sobre Dios fueran ciertas?

¿Qué sucedería si las ideas más maravillosas que has llegado a tener sobre lo que ocurre después de la muerte fueran ciertas?

¿Qué sería, por tanto, cierto para ti?

¿Crees que habría alguna diferencia entre cómo podrías *entonces* experimentar la vida y cómo la experimentas *ahora*?

Tus respuestas a estas preguntas establecen el rumbo y la dirección de tu experiencia sobre la Tierra. ¿Lo sabías?

No hay que tomar esto demasiado al pie de la letra, pero es cierto. Están determinando el camino que tomarás.

Y las respuestas *colectivas* de la humanidad a estas preguntas están creando actualmente el futuro de nuestra especie, al determinar el camino que *todos* nosotros tomaremos.

¿Será el camino que nuestra especie ha tomado durante miles de años, el que nos ha llevado hasta aquí, donde están hoy nuestras vidas y el mundo? ¿Es aquí donde queremos estar? ¿Es ésta nuestra idea más maravillosa sobre la vida? ¿Sobre nosotros mismos? ¿Sobre Dios?

Las ideas son importantes. Las ideas son las que generan las creencias, las creencias las que generan las conductas, las conductas las que generan experiencias, y las experiencias las que generan la realidad. Y si nuestras ideas más *maravillosas* se convierten en nuestras creencias, la vida en el planeta Tierra tendrá un aspecto muy diferente al que tiene hoy en día.

Los científicos cognitivos nos dicen que todo lo que se necesita es que una de cada diez personas adopte enérgicamente una idea, y las masas la seguirán. Entonces, ¿cuál puede ser la causa de que sólo una de cada diez personas crea que las ideas más maravillosas que hemos tenido son ciertas?

Una sola decisión.

Nos encontramos a la distancia de una decisión.

De verdad.

Pero debemos tomar ahora la decisión. No hacerlo está empezando a tener, en todos nosotros, un efecto muy real.

EL EFECTO

No podemos eludir esto. Aquí tenemos un gran problema. Me refiero a la Tierra. Y afecta a nuestras vidas todos los días. Individual y colectivamente.

Sin embargo, no hay motivos para que, debido a esto, caigamos en un estado de oscuridad o depresión, porque en realidad la solución se encuentra a tan sólo la distancia de una decisión. Y ni siquiera es una decisión difícil de tomar. Únicamente tenemos que elegir para tomarla.

Muchas personas ya están de acuerdo con la decisión de un modo intuitivo. Simplemente la han implementado en sus vidas como una cuestión práctica, probablemente porque esperan a ver si alguien más está de acuerdo. Pero ha finalizado el tiempo de espera.

El problema que ahora afrontamos se está generalizando. Puede verse no sólo en los gobiernos mundiales, las corporaciones multinacionales o las instituciones sociales y religiosas del mundo. Nos está afectando a todos. En los hogares de todo el planeta estamos sintiendo el efecto. Entonces, ¿qué ocurre? ¿Cuál es el problema? Vamos a exponerlo sin rodeos.

El mayor problema de la humanidad es que no sabe cuál es su mayor problema.

Podemos ver el *efecto* de este problema a nuestro alrededor, pero parece que no vemos su causa.

Ahora bien, tenemos un verdadero problema cuando sabemos que *tenemos* un problema, pero no entendemos en qué consiste éste. No sabemos cuál es la causa del efecto que observamos todos los días. Y la confusión de la humanidad acerca de esto ha durado tanto tiempo que ahora ha generado una *condición*. Una condición que amenaza con hacerse permanente.

Ésta es una de las formas en que se hace visible: tal vez más que nunca, recientemente, oímos a la gente decir que, si *de verdad* tenemos un problema en este momento, es sólo debido a «esos otros» que *crean* problemas. Antes no teníamos esos problemas, dicen estas personas, y queremos volver a los Buenos Tiempos Pasados.

¿Y exactamente quiénes son esos «otros» a los que se refieren dichas personas?

Son los inmigrantes no deseados, las minorías insatisfechas, las mujeres infelices, los radicales de derechas, los dementes de izquierdas, los homosexuales inaceptables, los estudiantes ignorantes, los estúpidos conservadores, los frívolos liberales, los apáticos destinatarios de ayudas gubernamentales. Son esos «otros» los que hacen que las cosas sean difíciles.

Un consejero bien conocido en Estados Unidos, Brad Todd, reflejó todo esto en un tuit que publicó a mediados de 2018: «¿Quiere la izquierda estadounidense vivir con y entre la derecha estadounidense? ¿O nos encontramos ante una ruptura cultural?».

Y el fenómeno no se limita a Estados Unidos, sino que está surgiendo en todo el mundo. El columnista periodístico Paul

Krugman lo expresó de esta forma en un artículo de opinión del *New York Times*, escrito aproximadamente al mismo tiempo: «La verdadera crisis consiste en un aumento del odio: un odio inmotivado que no tiene relación con nada que hayan hecho las víctimas».

Simpatizo con la urgencia de las preguntas del señor Todd y estoy de acuerdo con las observaciones del señor Krugman. De repente parece como si viviéramos en un mundo de *nosotros* contra *ellos*. La población de todo el mundo se alinea en un lado o en el otro, y el terreno intermedio parece estar desapareciendo.

Puede que no todos piensen así, pero todos pueden *sentir* a todos los que piensan de esta forma. Por ello, nos está afectando a todos nosotros. Cada día genera titulares alarmantes, blogs de personas enfadadas, discursos con insultos, broncas infantiles en los tuits, invectivas intimidantes, diatribas acusadoras y arrebatos cargados de violencia.

Y, aunque tal vez no conozcamos la causa *subyacente* del problema que la sociedad humana está afrontando actualmente, el *impacto* acumulativo de ese problema puede resumirse en una sola palabra.

Alienación.

La vemos cada vez más. Es una de las consecuencias de una situación muy polémica y triste.

LA SITUACIÓN

La alienación surge inevitablemente como consecuencia de la actual frustración ciudadana. La frustración ciudadana surge, a su vez, como consecuencia de la actual disfunción social. La disfunción social aparece inevitablemente como consecuencia del actual fracaso sistémico. Y eso es exactamente lo que hemos tenido aquí. Un fracaso sistémico y actual a largo plazo.

Hemos establecido en nuestro planeta una gran variedad de sistemas creados para mejorar nuestra vida. Esos sistemas no funcionan. Hay algunas raras excepciones, pero, por lo general, la mayoría no consiguen producir los resultados que se suponía que iban a producir.

Espera. Es peor aún. Están produciendo lo contrario.

Nuestros sistemas políticos –creados para generar seguridad y confianza hacia los países del mundo y su población– por lo común han producido, con mucho, *exactamente lo contrario*: desacuerdos constantes, desprecio y demonización interminables de los oponentes, peligrosas guerras comerciales, amenazas militares estresantes y una violencia creciente entre personas, a cualquier nivel.

Nuestros sistemas económicos –creados para producir oportunidades y abastecimiento para todos–, por lo general, han producido exactamente lo contrario en gran medida: una gran desigualdad económica y una pobreza creciente, con un puñado de personas (en realidad, menos de diez) que cuentan con más riqueza y recursos que 3500 millones (la mitad de la población mundial) juntas.

Nuestros sistemas sociales –ideados para fomentar y facilitar el disfrute de la vida en comunidad y construir los cimientos de la armonía entre poblaciones distintas– en su mayor parte han causado *exactamente lo contrario* en gran medida: desacuerdo, discrepancia, prejuicios y desesperanza..., con unas oportunidades limitadas para el ascenso social y, en muchos casos, una injusticia descontrolada que genera exasperación e indignación.

(Incluso nuestros elogiados sistemas de Internet –creados como la innovación más reciente de nuestros sistemas sociales y originalmente diseñados para unirnos más mediante la «maravilla» de las redes sociales– en general han producido, en gran medida, *exactamente lo contrario*: un juego de unos contra otros mediante la manipulación de emociones, el aumento de nuestras diferencias, la exacerbación de nuestros miedos y un envenenamiento de nuestras mentes debido a la negatividad, todo lo cual *no* nos ha unido más, sino que nos ha separado más).

Y, lo más triste de todo, nuestros sistemas espirituales –concebidos para inspirar un mayor amor a Dios, y con ello de unos a otros– en general han producido, en gran medida, *exactamente lo contrario*: una arrogancia con resentimiento, una intolerancia sorprendente, una indignación generalizada, un odio arraigado y una violencia autojustificada.

Ahora puedes pensar que he exagerado el impacto de todo esto. Las cosas aquí, sobre la Tierra, están mejor que nunca antes, ¿no es verdad? Bueno, supongo que eso es cierto para

algunos, pero ¿sabes que actualmente 1700 millones de personas no tienen acceso a agua potable? ¿Sabes que 1600 millones viven sin electricidad? ¿Sabes que, por difícil que pueda ser creerlo, 2500 millones de personas –más de la cuarta parte de la población de este planeta– no tienen aseos para utilizar en este primer cuarto del siglo XXI?

Hay más que simples incomodidades. Los peligros para la salud causados por estas condiciones ocasionan miles de muertes innecesarias cada año. Y hablando de muertes innecesarias, ten en cuenta estas estadísticas: más de 650 niños mueren por desnutrición, cada hora, en este planeta.

Cada hora.

¿Desnutrición? ¿De verdad? Mientras tanto, cada noche tiramos, en los restaurantes que hay desde Tokio a Los Ángeles, pasando por París, más comida de la necesaria para alimentar a los niños de algún pueblo tercermundista durante una semana.

Incluso un rápido resumen de esas cifras –con la mirada más desapasionada–, sin duda, aporta una evidencia angustiada de nuestro fracaso absoluto, completo y total para entender (y mucho menos activar) las respuestas más simples y básicas a las preguntas más simples y básicas que los miembros de cualquier especie consciente (creeríamos) más tarde o más temprano tienen que hacerse: ¿Quiénes *somos*? ¿Quiénes *decidimos ser* como especie?

¿Qué ocurre? ¿Qué le está sucediendo a la especie humana que no puede ver en sí misma, a pesar de que se mira a sí misma? ¿Dónde está el punto débil de la humanidad? ¿Cuál es la razón de todo esto?

LA RAZÓN

Más tarde o más temprano, toda persona pensante se hace de nuevo esta pregunta: ¿es posible —sólo *posible*— que haya algo que no entendamos completamente sobre nosotros mismos, sobre la vida y, sí, sobre Dios..., cuyo conocimiento cambiaría todo?

Ha llegado el momento de hacernos esa pregunta en todas partes. En los bancos de las iglesias, en los vestíbulos de las entidades legislativas, en las salas de juntas de nuestras empresas globales y en las trastiendas de los pequeños negocios, en las plazas de las ciudades, en los comedores de nuestros amigos y en los hogares de nuestras familias.

Voy a invitarte a memorizar esa pregunta y a que te la hagas en todos los lugares a donde vayas. Allá donde tenga lugar una buena conversación, un diálogo significativo y una resolución de problemas seria, *haz la pregunta*.

Después, cuando la pregunta flote en el aire, explica *por qué* la respuesta es, obviamente, *sí*.

Somos una especie muy joven. A muchas personas les gusta pensar que los humanos estamos altamente evolucionados. En realidad, la humanidad acaba de salir de su infancia en este pla-

neta. En su libro *New World New Mind*,¹ Robert Ornstein y Paul Ehrlich expusieron esto en un párrafo sobrecogedor:

«Supongamos que la historia de la Tierra se reflejara en un calendario anual, donde la media noche del 1 de enero representase el origen de la Tierra y la media noche del 31 de diciembre el momento presente. Entonces, cada día del «año» de la Tierra representaría 12 millones de años de historia real. A esa escala, la primera forma de vida, una simple bacteria, aparecería en algún momento de febrero. Sin embargo, las formas de vida más complejas llegan mucho después; los primeros peces aparecen alrededor del 20 de noviembre. Los dinosaurios llegan en torno al 10 de diciembre y desaparecen el día de Navidad. El primero de nuestros antepasados reconocible como humano no aparecería hasta el mediodía del 31 de diciembre. El homo sapiens –nuestra especie– aparecería aproximadamente a las 11:45 de la noche..., y todo lo que ha ocurrido en la historia registrada ocurriría en el último minuto del año».

Considero que esto es un brillante fragmento de escritura. En sólo 125 palabras, estos dos caballeros han convertido un fragmento enorme de información en datos en miniatura que podemos retener en nuestra cabeza y, con ello, entender más fácilmente por qué seguimos actuando de la forma en que lo hacemos, y aún no hemos tomado, como especie global, la Audaz Decisión.

Nuestra juventud como especie no justifica nuestras acciones, pero nos ayuda a ver la naturaleza del problema. Solamente tenemos que crecer. Debemos dejar de actuar como niños. Y tenemos que hacerlo ahora. Hoy. No dentro de diez o veinte años. Ahora. Ahora mismo.

Tenemos que detener los tambores de guerra, la exhibición de músculos militares de «mi misil es más grande que el tuyo»

1. Nuevo mundo, nueva mente. (*N. del T.*)

entre naciones que podría llevarnos, en poco tiempo, a la muerte de cientos de miles de personas y a la aniquilación de naciones.

Debemos dejar de ignorar los desastres, esa apatía de «mirar a otro lado» que tiene como consecuencia las estadísticas de los miles de millones que sufren aún hoy en nuestro planeta, debido a problemas que podríamos resolver fácilmente.

Tenemos que acabar con la hipocresía, la conducta de «decir una cosa y hacer otra» que nos permite matar deliberadamente a personas en nombre del estado, para enseñar a la gente que el asesinato deliberado no está bien; que nos permite poner a nuestros hijos delante de videojuegos, programas de televisión y películas que muestran violencia, violencia y más violencia, incluso cuando hablamos de educar a una generación que esperamos que no piense en la violencia como primer recurso para la resolución de conflictos y que, de hecho, renuncie a ella.

Debemos abandonar el hábito de «ignorar lo que es bueno para nosotros» que nos induce a consumir comida poco saludable, respirar habitualmente sustancias cancerígenas y beber de forma irresponsable cantidades de líquidos que fríen nuestro cerebro y dañan nuestros hígados, mientras predicamos en todo momento los beneficios de una vida saludable.

Tenemos que abandonar el pensamiento arcaico, la perspectiva sobre la vida de «quedarnos atrapados en el pasado», que sigue manteniéndonos inmovilizados en una antigua historia de la civilización que nos motiva a cada uno de nosotros a cubrir, en primer lugar, nuestras necesidades individuales, a cumplir nuestros propios planes y a satisfacer nuestros deseos individuales, aunque esto conlleve hacerlo a expensas de otros, que no consideramos parte de «nosotros».

Tenemos que dejar, solo *dejar*, de comportarnos del modo en que lo hemos hecho, y evocar desde nuestro interior una Nueva

Forma de ser Humanos, que nos permita adoptar la singularidad sin generar separación, expresar diferencias sin producir divisiones y experimentar los contrastes sin ocasionar conflictos.

Todo esto es posible, pero requerirá que hagamos algo muy audaz. Tendremos que ir a contracorriente, adoptar una forma de vida que sólo unos pocos han adoptado a lo largo de la historia humana. Tenemos que preguntar, cuando afrontemos y seamos testigos de nuestras propias conductas, «¿qué estamos eligiendo» y... «¿por qué lo elegimos?». Después tendremos que preguntar «¿por qué no elegir a Dios?». Y debemos entender lo que *queremos decir* cuando nos invitamos a nosotros mismos a elegir a Dios.

Debemos tener claro que la pregunta que nos estamos haciendo es: ¿por qué no elegir a Dios para experimentarlo como una parte de nosotros, y como aquello que forma parte de todos los seres y todos los aspectos de la vida?

La gran ironía es que el puñado de personas que han tomado ese camino, que han adoptado esa forma de vida, son los mismos seres humanos que decimos que más honramos, incluso cuando nosotros mismos hemos rechazado adoptar su forma de vida. Por ello, lo que elogiamos en otros lo hemos tachado de irrelevante para nosotros mismos.

O tal vez *sea* relevante para nosotros, nos decimos, pero es prácticamente imposible que lo experimentemos. Esto es así, a pesar del hecho de que los humanos que lo han hecho *nos han dicho exactamente cómo podemos hacerlo también nosotros*.

Ahora bien, para ser justos con el género humano, debemos reconocer que hemos realizado esfuerzos para encontrar una respuesta a nuestros problemas. Muchos esfuerzos. La dificultad no consiste en que no lo hayamos *intentado*, sino en *cómo* lo hemos intentado. No se pueden encontrar defectos en nuestra intención, el error consiste en el modo en que hemos llevado a cabo nuestros intentos.

LOS INTENTOS

Durante mucho tiempo hemos tomado un callejón sin salida en nuestros intentos por tratar los problemas de la humanidad. En este preciso momento seguimos haciendo lo mismo.

Para decirlo en una sola frase, seguimos intentando solucionar los problemas de la humanidad *a todos los niveles, excepto al nivel en el que existen los problemas.*

Esto se debe, como dijimos al principio, a que no vemos con claridad la *causa* de los problemas. Por ello, intentamos en primer lugar solucionar nuestros problemas como si fueran problemas políticos, porque en este planeta estamos acostumbrados a utilizar la presión política para inducir a la gente a hacer lo que no quiere hacer.

Entablamos debates, redactamos leyes, aprobamos legislaciones y adoptamos resoluciones en todos los idiomas locales, nacionales, regionales y globales, y ensamblamos lo que podemos pensar para intentar «legislar los principios». Creemos que podemos resolver el problema con palabras. Pero eso no funciona. Sean cuales fueren las soluciones a corto plazo que podamos crear, se esfuman rápidamente y resurgen los problemas. No desaparecen.

Entonces decimos: «De acuerdo, no son problemas políticos y no pueden solucionarse con medidas políticas. Deben ser problemas económicos». Y, puesto que en este planeta estamos acostumbrados a utilizar el poder económico para inducir a la gente a hacer lo que no quiere hacer, después intentamos «comprar los principios». Creemos que podemos resolver los problemas con dinero.

Les echamos dinero o les quitamos dinero (como, por ejemplo, en forma de sanciones), buscando solucionar los problemas con manipulaciones de dinero en efectivo. Pero eso no funciona. Sean cuales fueren las soluciones que podamos crear, se esfuman rápidamente y resurgen los problemas. No desaparecen.

Entonces decimos: «De acuerdo, no son problemas económicos y no pueden solucionarse con medidas económicas. Deben ser problemas militares». Y, puesto que en este planeta estamos acostumbrados a utilizar la fuerza militar para inducir a la gente a hacer lo que no quiere hacer, entonces, intentamos «obligar a aceptar los principios». Creemos que podemos resolver los problemas con armas.

Amenazamos (si es que no lo *decidimos* de verdad) con disparar misiles y arrojar bombas. Pero eso no funciona. Sean cuales fueren las soluciones que podamos crear, se esfuman rápidamente y resurgen los problemas. No desaparecen.

De este modo, habiendo agotado las soluciones, declaramos: «No son problemas sencillos. Nadie esperaba que pudieran solucionarse de la noche a la mañana. Esto va a requerir un esfuerzo largo y duro. Pueden perderse muchas vidas para intentar solucionar estos problemas. Pero no nos vamos a rendir. Vamos a solucionar estos problemas si eso nos alivia». Y ni siquiera detectamos la ironía de nuestras declaraciones.

Sin embargo, después de un tiempo, incluso los seres primitivos con muy poca conciencia quedan agotados por las vícti-

mas de la batalla, y por todos los sufrimientos y muertes de mujeres y hombres, pequeños y ancianos, por los devastadores efectos del conflicto en curso. Y, por eso, después de que han aparecido estas trágicas consecuencias sin ninguna solución a la vista, nos decimos que ha llegado la hora de alcanzar una tregua y de entablar conversaciones para conseguir la paz. Y el ciclo comienza de nuevo...

Volvemos a la mesa de negociaciones, de vuelta al politiquero como solución. Y las conversaciones de paz a menudo incluyen conversaciones sobre las reparaciones, el fin de las sanciones y la ayuda para la recuperación económica. Y, de este modo, volvemos a manipular el dinero como si fuese la solución. Y, cuando estas soluciones no funcionan a largo plazo, volvemos a las amenazas y otra vez al uso real de armas.

Y así seguimos, una y otra vez, sin parar. Y una y otra vez así *ha* ocurrido a lo largo de la historia humana. Los nombres de los actores principales y los tipos de armas han cambiado, pero no así el guion.

Ésta es, sin duda, la definición clásica de estupidez: *hacer lo mismo una y otra vez, esperando obtener un resultado distinto.*

Esto sólo lo hacen las culturas primitivas y los seres primitivos. Sin embargo, no parece que podamos –o simplemente *no* lo hacemos– cambiar nuestros procedimientos, porque estamos muy acostumbrados a forzar soluciones en nuestro mundo. No obstante, las soluciones forzadas no son soluciones en absoluto, sólo son aplazamientos.

La gran tragedia y gran tristeza de la humanidad es que siempre estamos dispuestos a conformarnos con aplazamientos, en lugar de buscar soluciones.

Los seres altamente evolucionados nunca se conformarían con un aplazamiento tras otro a la hora de resolver sus mayores problemas.

Es difícil creer que fue en 1879, en su última intervención pública, cuando Victor Hugo profetizó: «En el siglo xx la guerra habrá desaparecido..., el odio habrá desaparecido, las fronteras habrán desaparecido, los dogmas habrán desaparecido».

La entrada de la Wikipedia dedicada a este venerado poeta, novelista y dramaturgo francés nos dice que «durante toda su vida, Hugo siguió creyendo en el progreso incesante de la humanidad». Yo añadiría aquí que lo que está claro que no imaginó fue que los seres humanos tardaran tanto en reunir el valor para afrontar el mayor problema de nuestra especie.

Hemos efectuado una danza interminable en torno a él, con el resultado de que seguimos, siglo tras siglo, intentando solucionar el problema mundial a todos los niveles, excepto al nivel en que existe el problema.

Hemos estado haciendo lo mismo en nuestras vidas personales. En primer lugar, intentamos solucionar nuestros problemas personales hablando, negociando y «politiqueando» para poder resolverlos. (Nadie tiene que contarnos nada sobre «intrigas políticas». Y sí, incluso hay políticos en nuestras propias familias y en nuestras casas).

Si eso no funciona, les echamos dinero o se lo quitamos, gastando sin control al intentar comprar nuestro camino hacia la felicidad, o imponiendo estrictos presupuestos familiares para conseguir economizar en nuestro camino hacia ella.

Si eso no funciona, utilizamos la fuerza. Gritos, puñetazos sobre la mesa, portazos, discusiones para imponernos, ultimátums desagradables, y después el juego de poder personal definitivo: romper acuerdos, incumplir promesas, disolver sociedades de negocios, abandonar relaciones y poner fin a matrimonios: todo ello con suerte –pero no necesariamente– sin violencia física.

¿No parece que ha llegado el momento de quitarnos la venda que nos cubre los ojos y ver las circunstancias tal como son?

El problema al que se enfrenta actualmente la humanidad no es político, no es económico y no es militar.

El problema al que se enfrenta actualmente la humanidad es espiritual, y sólo puede solucionarse con medidas espirituales.

Debemos, como civilización, empezar a examinar nuestras creencias más sagradas.

LAS CREENCIAS

«Creencia» es, en muchos sentidos, una palabra más corta para referirse a «espiritualidad». Es una palabra más amigable, un término menos amenazante y desafiante, pero hace referencia a lo mismo: lo que valoramos profundamente, lo que aceptamos como nuestra verdad más sagrada.

Las creencias son engañosas. Pueden ayudarte o derrotarte. Como individuo y como miembro de una colectividad.

Actualmente, en el planeta Tierra, miles de millones de personas –llamémosles Grupo Uno– creen que nuestra existencia continúa después de esta experiencia física actual, en forma de entidades no físicas que viven eternamente.

También creen que el *modo* en que continúa nuestra existencia, ya sea una experiencia de maravilloso júbilo o una experiencia agónica, depende de lo que hagamos o no hagamos, creamos o no creamos, mientras estemos en la Tierra.

En su opinión, simplemente nos «encontramos» aquí, no habiendo tenido nada que ver con nuestra llegada, pero teniendo que ver todo con lo que ocurre después de nuestra partida.

Estas creencias son, con pocas variaciones, los fundamentos de la mayoría de las principales religiones del mundo.

Muchas otras personas –Grupo Dos– *no* creen que existamos eternamente. Creen que su vida es un acontecimiento biológico, el resultado de determinadas y particulares interacciones químicas de otros, y que la vida termina con la finalización de sus propias interacciones químicas. Creen que, en el momento de lo que se llama «muerte», simplemente dejan de ser.

Y aun otros –Grupo Tres– creen que existimos *antes* de esta vida física actual y que, sin duda, existiremos *después* de esta vida, con nuestro entendimiento, autoconciencia y sentido de la identidad personal intactos en gran medida.

Ellos también creen que todos somos aspectos de la Esencia Esencial del Universo (que algunas personas llaman Divinidad), que ésta es nuestra Verdadera Naturaleza, y que, por tanto, la calidad o el entorno de nuestra existencia eterna no tiene nada que ver con los premios o los castigos.

La vida tras la muerte nunca estará llena de agonía, dicen estas personas, sino simplemente de una alegría tranquila, una bendición interna y la paz y el sereno conocimiento de quién y qué somos en realidad, seguidos por su expresión en constante expansión y su experiencia, a través una serie continua de fisicalizaciones que normalmente se llaman reencarnaciones.

Este grupo cree que no nos «encontramos» simplemente aquí sobre la Tierra, no habiendo tenido nada que ver con nuestra llegada, sino que estamos aquí muy a propósito, manifestándonos físicamente con un fin específico que es idéntico para todos (la evolución continua del alma), pero experimentado de forma distinta en cada uno de nosotros, de acuerdo con nuestras modalidades individuales de expresión (incluso del mismo modo que los músicos pueden tocar el mismo tema de formas completamente distintas).

Independientemente del grupo al que pertenezcamos, muchos seres humanos, cuando consideran sus creencias, no admitirán y ni siquiera reconocerán la *posibilidad* de que lo que creen no sea del todo cierto, e incluso podrían estar completamente equivocados. Sus creencias sobre Dios y sobre la vida son, afirman, indiscutibles, irrefutables e incontestables. Ésas son, como dirían ellos, sus ideas más maravillosas sobre todo esto.

Actualmente nada de esto importaría demasiado si todos reserváramos nuestras creencias más sagradas para nosotros mismos, no permitiendo que penetren y afecten a nuestra experiencia exterior colectiva. No obstante, ¿cuál sería el objetivo de defender creencias que consideramos sagradas, si no tuviéramos la intención de *vivirlas* en nuestras vidas diarias y de *introducirlas* en nuestra experiencia diaria?

Vemos, entonces, cuántas de las creencias espirituales de la humanidad (incluyendo la *no* creencia en Dios y en la espiritualidad) influyen en la política, la economía y las construcciones sociales de todo tipo.

El problema no es que llevemos nuestras creencias más sagradas al mercado de las ideas. El problema es *qué son* esas creencias sagradas, y el hecho de que nuestros pensamientos sobre cómo esos puntos de vista y conocimientos deberían aplicarse en los ámbitos de la ley civil, la política, la economía, y las construcciones sociales *también* llegan a ser fuertes, indiscutibles, irrefutables e incontestables.

Sucede que tanto la posible imprecisión de algunas de nuestras creencias como nuestra intransigencia absoluta cuando las expresamos en nuestros encuentros públicos y colectivos son lo que generan la Alienación. En nuestras calles. En nuestras reuniones en público. En nuestros mensajes en Internet. En nuestras asambleas legislativas. En nuestros hogares.

(Voy a escribir en mayúsculas la palabra «Alienación» durante el resto de esta obra porque es el acuerdo social central, más importante, más impactante negativamente, más amenazador para la civilización, el reto demoledor de acuerdos sociales de nuestra época).

Los seres humanos de buena voluntad y de todos los lugares suplican saber: ¿es *algo* de esto mejorable, corregible, inconstante? ¿Nos encontramos en el filo de una pendiente resbaladiza que no puede evitarse?

La respuesta a la primera pregunta es sí. La respuesta a la segunda es no. Pero, si queremos evitar la pendiente, vamos a tener que renunciar a proseguir con nuestra *negativa* continua.